



VEINTE MINUTOS CON EL DOCTOR JIMENEZ DIAZ

Por FELIPE SASSONE

Perque creo que estoy bueno — además de serlo, más por dentro que por fuera —, procuro que los médicos no me traten como a cliente, por si me descubren una enfermedad silenciosa que me mataría de miedo o me ordenan un régimen que me mataría de tedio. Y con esto nada malo entiendo decir, que amigos tengo de dicha profesión como raras perlas preciosas, sino que no serían ellos, como mi aprensión y mi mal conformar, los que habrían de matarme, y es la verdad que, a pesar de ser autor dramático o acaso por serlo en grado mínimo, no siento hacia los galenos la hostilidad de otros grandes, según en tiempos antiguos, Molière, y en estos modernísimos, Bernard Shaw, con todos los años de Matusalén entre las crespas cenizas mefistofélicas de sus cejas y sus barbas.

Así llegué a casa del ilustre doctor don Carlos Jiménez Díaz, no como la inmensa mayoría de los españoles dolientes, a que me viera él a mí, sino a verle yo a él. Iba, pues, no como enfermo, sino como periodista cazador de lo que priva, por codiciosa vanidad de tejer una crónica que pudiera parecer notable por importancia del personaje entrevistado, ya que no por la redacción ni la firma, y sobre todo, porque, conocedor de su fama de gran médico, me importaba muchísimo el hombre, que sin éste no hay aquél, y ya dijo otro doctor, también famoso y también español, que el médico que sólo sabe Medicina... ni Medicina sabe.

Llegué a las tres de la tarde, media hora antes de la consulta, porque don Carlos se avino a sacrificarme unos minutos de la sobremesa de su frugalísimo almuerzo, y ya me esperaba en uno de sus despachos, acaso el más íntimo, soló, entre la pintada y muda compañía deliciosa de un «Zurbarán», un «Zuloaga» y dos «Hermosos». No diré que por matar el tiempo,

pues el verbo matar es impropio cuando se trata de un gran vencedor de la muerte, hasta donde puede vencérsela, sino que por ganarlo, estaba don Carlos al pie de una altísima anaqueletería, metida la nariz en un grueso volumen, que una pierna en flexión, apoyada en un taburete, sostenía sobre la rodilla, y como no nos sintiera entrar y yo llegaba con el fotógrafo de VERTICE, aprovechamos por sorpresa la coyuntura para la primera instantánea. Dejó el sabio el libro cuando ya le habían *escopeteado* sin remedio y nos tendió a los dos las dos manos con solícita y apresurada cortesía. Yo sentí entre la mía una mano suave, pequeña y blanda, casi tímida, como sin huesos, mano que sabe del cuidado y no de la aspereza, capaz de ser dura tan sólo un instante, en la yema de los dedos, en una percusión investigadora; pero ciertamente nunca engarfiada ni hostil; una mano dadivosa y amiga, más apta a calmar dolores que a provocarlos. Callamos un punto los tres después del saludo. La habitación era alegre de color y gracia y desde una amplia ventana entraba en ella, filtrándose por las cortinas de un claro tono de ámbar, la luz de la tarde, dos veces joven por la hora y la primavera. Joven también el sabio doctor, tal que yo no sabía si le quitaba años al suponerle treinta, ni cuántos le aumentara si pensaba en la cuarentena. No muy erguido—como todo el que se ha curvado sobre los libros—, tenía un aspecto juvenil serio, de estudiante aplicado, y cuando no hablaba, sólo en la amplia frente socrática, cabeza redonda de escultura romana, se le adivinaba la sabiduría, y también en la calvicie, apenas incipiente, y el sol en ese momento suscitaba en sus cabellos, todavía muchos, de un rubio oscuro y rojizo, reflejos metálicos, calientes y dulces, de cobre y de miel.

Yo rompí el silencio:

—Ya que le hemos *cazado* a usted, doctor, como una no es ninguna, ¿se deja usted hacer otras fotografías?

—Bueno; pero con usted. Porque usted es en cierto modo el editor responsable—contestó.

—Y otras, solo—insistió el fotógrafo.

—Pero con su mandil, doctor—agregué—, con el traje de faena.

Don Carlos, dócil y amable, pidió inmediatamente la prenda y se la puso.

—Ajajá, así—dije satisfecho—, aunque yo no sea un enfermo.

Entonces levantó la cabeza y me miró fijo. ¿Burlones, investigadores sus «ojos clínicos»? ¡Qué sé yo! En medio de su rostro rigurosamente afeitado, faz castellana y campesina, pese a la distinción de toda su persona, de una palidez levemente rosada y cálida, de barro cocido, se entreabrió la boca y me pareció que iba a preguntarme: ¿Está usted seguro? Pero no pronunció palabra, y la insinuación de una sonrisa tembló un momento entre los labios húmedos y rojos.